

dad para acercarse a todo el mundo y sobre todo para que este le sintiese cerca, frente a la rigidez aristocrática de Pío XII.

La otra encíclica célebre de Juan XXIII es la *Pacem in terris*, centrada en la paz entre todos los pueblos, que ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Desde luego, no podía ser publicada en un momento más oportuno, pues hacía pocos meses la crisis de los misiles de Cuba había puesto al mundo al borde de una tercera conflagración mundial. Como dice Joaquín Ruiz-Giménez, uno de los seculares españoles más importantes de este siglo pasado, en una época que se jacta de poseer la fuerza atómica, resulta absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado: Juan XXIII, frente a los que intentan potenciar la guerra ofensiva, recuerda que sólo es lícita la guerra de legítima defensa.

La obra se cerraría con otros textos y documentos, como uno donde se muestra la visión de la célebre Hanna Arendt sobre el pontífice, o el testamento espiritual de Juan XXIII (espiritual porque era evidente que no tenía legado material que hacer al mundo), y un índice conceptual, que ayuda al autor a encontrar los principales temas tratados por el pontífice. En definitiva, un libro francamente interesante, compensado, ameno y que nos muestra lo más destacado de un Papa que marcó toda una época de la Iglesia católica.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-BALADO - LORIS FRANCESCO CAPOVILA: *Juan XXIII. Anécdotas de una vida*, Madrid, PPC, 2000, 342 pp., ISBN: 84-288-1632-8.

El 3 de septiembre de 2000 se produjo uno de los acontecimientos de mayor relevancia en el seno de la Iglesia católica: la beatificación de Juan XXIII, junto a la de Pío IX. Todo ello ha supuesto la ocasión para la proliferación de una amplia literatura sobre la que parece difícil discutir que se trata de una de las grandes figuras del catolicismo contemporáneo. Si hace casi veinte años José Luis Martín Descalzo hablaba de Vicente Enrique y Tarancón como «el cardenal del cambio», por la misma razón deberíamos recordar a Juan XXIII como «el Papa del cambio».

La editorial PPC, una de las principales productoras en el mercado del libro religioso, ha decidido apostar por una forma novedosa de historiar que, sin renunciar al rigor y la seriedad que debe imperar siempre en cualquier obra sobre la materia, permita al lector adentrarse en aquellos aspectos que normalmente le son peor conocidos. Y lo ha hecho a través de un consumado historiador de la Iglesia, José Luis González-Balado, al que tengo el gusto de conocer y haber tratado personalmente, y del que puedo asegurar que su conocimiento del catolicismo, sobre todo el español, es bastante notable.

Porque, aunque figure en el título una doble autoría, en realidad el escritor de las páginas en las cuales nos adentramos es González-Balado. Sin embargo, éste ha querido aprovecharse de su excelente relación con Loris Francesco Capovila, secretario de Juan XXIII de 1953 a 1963, para poder enriquecer al máximo el conjunto del libro. Según confiesa el autor, Capovila le mostró inicialmente importantes reticencias para colaborar, porque, a su juicio, lo que al final se podía estar haciendo era,

sencillamente, un «rotocalchi». Con este término se designaba, en Italia, a una clase de semanario que aprovechaba el cromatismo de la impresión para reforzar la eficacia visual de una información que se basaba, esencialmente, en el chisme y la rumorología. Pero Capovila se ha tenido que acabar rindiendo a la realidad, y es que este libro, utilizando una vía inhabitual, sirve para afianzar la excelente imagen de que Juan XXIII goza en medios católicos.

Las narraciones de Capovila no han sido la única fuente de la cual se han nutrido las informaciones de González-Balado. Fundamental ha sido, en este sentido, el célebre *Diario del alma* que Juan XXIII escribió desde que tenía catorce años y hasta que cumplió los ochenta. Un diario que, en su momento, este pontífice pensó que sólo lo leerían él mismo y «el Dios que ve (y lee) *in abscondito* (en lo oculto)», pero que, dado el interés que generó, hubo de resignarse a que se publicara, aunque con la condición de que fuera tras su muerte.

Estructurado en tres partes, la primera es una biografía, no particularmente breve al ocupar casi ochenta páginas, donde se dan a conocer los principales hitos de una vida, la de Angelo Giuseppe Roncalli, que comenzó el 25 de noviembre de 1881 cuando vino al mundo en Sotto il Monte (Bérgamo, Italia). Llama la atención la rapidez con la que alcanzó el sacerdocio, pues ni siquiera había cumplido los veintidós años. Sin embargo, su carrera previa a la llegada al solio pontificio no se dedicó fundamentalmente al sacerdocio, sino a la diplomacia, y en este sentido hay que destacar el ejemplo de obediencia y disciplina que dio cuando tuvo que permanecer nada menos que diez años como «visitador apostólico» en una nación de no especial relevancia para la Iglesia como era Bulgaria. Su siguiente destino tampoco era especialmente «católico»: Turquía, donde la presencia musulmana abrumaba al cristianismo. Sin embargo, la tercera representación vaticana a donde iba a ir parar era un envite en toda regla: la Nunciatura de París, a punto de concluir la guerra mundial. De Gaulle dejó claro desde el primer momento, y cumplió con su palabra, que iba a borrar del mapa a los elementos más significativos del colaboracionismo con Alemania, encabezados por el otrora laureado Mariscal Petain. No se iban a librar de esta represión casi una treintena de obispos, entre los cuales se contaba un cardenal. E iba a ser en esta ocasión donde realmente mostró su auténtica talla el Nuncio Roncalli, quien, con diversos métodos, todos ellos legítimos, consiguió que, al final, sólo hubiera dos renunciaciones episcopales, aduciendo, además, motivos de edad y salud. Roncalli acabaría marchándose de Francia en auténtico olor de multitudes, con amigos tan diversos como el político socialista y agnóstico Vincent Auriol y el célebre escritor François Mauriac. Sin embargo, después de París ya no habría más actividad diplomática. Era el momento de probar su capacidad pastoral. Le esperaba el nombramiento de arzobispo-patriarca de Venecia, a finales de noviembre de 1952. La actuación, no obstante, sería igual de brillante, o más. Al fin, tras la muerte de Pío XII, el 29 de octubre de 1958 Angelo Giuseppe Roncalli estrenaba su pontificado, que llevaría a cabo bajo el nombre de Juan XXIII.

Aunque hacía casi un siglo desde la celebración del último concilio (el Vaticano I), podemos afirmar sin temor a equivocarnos, algo en lo que está de acuerdo González-Balado, que Juan XXIII asombró al mundo cuando el 25 de enero de 1959 convocó el Concilio Vaticano II. Definitivamente, Roncalli había confirmado su talante de hombre partidario del cambio, reconociendo la necesidad de reformar las

estructuras de una anquilosada Iglesia, algo en lo que seguramente jugó un papel no desdeñable su actitud siempre humilde.

Tras una breve cronología de cuatro páginas, el autor decide centrarse en lo que es el motivo fundamental del libro: las anécdotas de su vida. Toma para ello como referencia el hilo cronológico, comenzando en 1895, cuando el rector del seminario de Bérgamo solicitó al párroco de Sotto il Monte un informe sobre el comportamiento del futuro sacerdote Roncalli: por supuesto, este fue inmejorable. Tras ésta vendrán más de un centenar de anécdotas, entre las que es difícil destacar alguna.

El libro concluye con un tercer capítulo titulado «Juan XXIII. *Dos ojos y una sonrisa*», escrito por Loris Francesco Capovila, que confirma a este Papa como una de las páginas más brillantes del catolicismo contemporáneo, particularmente por su capacidad para dar un golpe de timón a una edad poco propicia para emprender grandes empresas (recordemos que fue nombrado Papa con casi ochenta años).—
PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.